

TEATRO por ITALO GARCIA N.

LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO

■ Obra en dos actos de Isidora Aguirre.

Dirección: Eugenio Guzmán
Escenografía e Iluminación:
Victor Segura

Vestuario: Amaya Clunes

Música: Luis Advis

Presenta: Departamento de Teatro de la U. de Chile

Teatro: Antonio Varas.

Si la autora de "Los que van quedando en el camino", fuera más artista que política, los resultados de su obra serían muy distintos de los que se observan en el Teatro Antonio Varas. Porque Isidora Aguirre tiene dominio sobre la técnica, sabe manejar el diálogo con soltura, y puede, cuando la ocasión lo requiere, usar un lenguaje vigoroso y poético.

Su producción dramática, sin embargo, a partir de "Los Papeleros", está directamente entroncada con el pensamiento de Erwin Piscator, miembro del Partido Comunista alemán, y creador de un teatro épico y proletario en el que todos los ingredientes formales y de contenido se ajustan a un objetivo muy claro: dar a la clase obrera la conciencia suficiente para que tome el poder.

Teatro de servilismo partidista. Veamos: Isidora Aguirre utiliza en su obra el lenguaje, las situaciones, los recursos técnicos y los personajes, como meros resortes o herramientas para despertar, en este caso, la conciencia campesina, que yace aletargada a instancias de la clase dominante.

Subordina el arte, como Erwin Piscator, al pensamiento marxista, que estipula la necesidad de que los creadores se inserten en la lucha de clases, y sean artesanos de ella, rehusando las ideas recibidas y atacando a la clase opresora.

El resultado es previsible; para casos semejantes, ya hay una voz autorizada.

—Un autor de teatro —ha dicho Eugenio Ionesco— demasiado dueño de lo que hace, o un poeta cuya obra no se propone ser sino una demostración de esto o aquello termina por ser una obra cerrada en sí misma, aislada de sus méritos profundos. Ya no es un poeta, es un peón.

Fácil es comprobar estas palabras en "Los que van quedando en el camino". El tema de la obra, el alzamiento campesino acaecido en Rancuquíl a comienzos de 1934, que culminó en una sangrienta refriega, permitía un dramático y emotivo documento humano.

Tratado por Isidora Aguirre, se transforma en motivo de consignas y slogans políticos, que no van más allá del pleonismo de revelar lo que ya todos saben: que hay pobres y ricos, que hay injusticias sociales.

La obra no posee otras implicancias, como no ser la incitación a las armas y a la rebeldía.

Los personajes mostrados como víctimas de lo socio-económico, despojados de todo misterio, disociados de los elementos constituyentes del ser humano, convertidos en títeres manejables por conceptos y diagramas teatralizables, están capacitados sólo para bramar, lamentarse y gesticular.

Negada o ignorada la naturaleza humana, la pieza cae en esa melodramática escisión del agonista por la cual éste se muestra traidor o héroe, etiquetado y macizo.

Flaco servicio se presta, entonces, a los representantes de la clase que se desea reivindicar, porque al ser transformados en máscaras ideológicas, en caricaturas de sí mismos, queda en evidencia la falta de amor por el prójimo sea cual sea su condición social o de raza, y el uso que se hace de la pobreza y las injusticias con fines demagógicos, pero sin que importe realmente el hombre, el Hombre con mayúscula, que con su grandeza y miseria está más allá de

cualquier régimen político y social.

Se dirá, al margen de toda consideración artística, que la obra está escrita especialmente para un público urgido de cambios, y que por tal motivo el lenguaje dramático no debe tener ninguna complicación que entorpezca el "mensaje"; pero de ser así, sólo se estará formando a robots parlantes, a seres alienados de sí mismos, sin fe en sus semejantes, lanzados por promesas mesiánicas a un destructivismo ciego e irracional.

El hombre no es una máquina cuyas piezas están artificialmente unidas; es una unidad sustancial. Quien pretenda disgregar sus componentes o reducirlo a un simple producto de un proceso socio-económico, lo está falseando o desconoce la naturaleza humana.

Estructurado sobre estas bases, el espectáculo del Teatro Antonio Varas no puede sustraerse de la monotonía, la reiteración, el tedio de una "enseñanza" machacada con yunque y martillo.

Ni siquiera actores de la categoría de Carmen Bunster y Nelson Villagra pueden remediar lo que es irremediable.

La obra cae por su propio vértigo.

(Crítica:
en cubra)